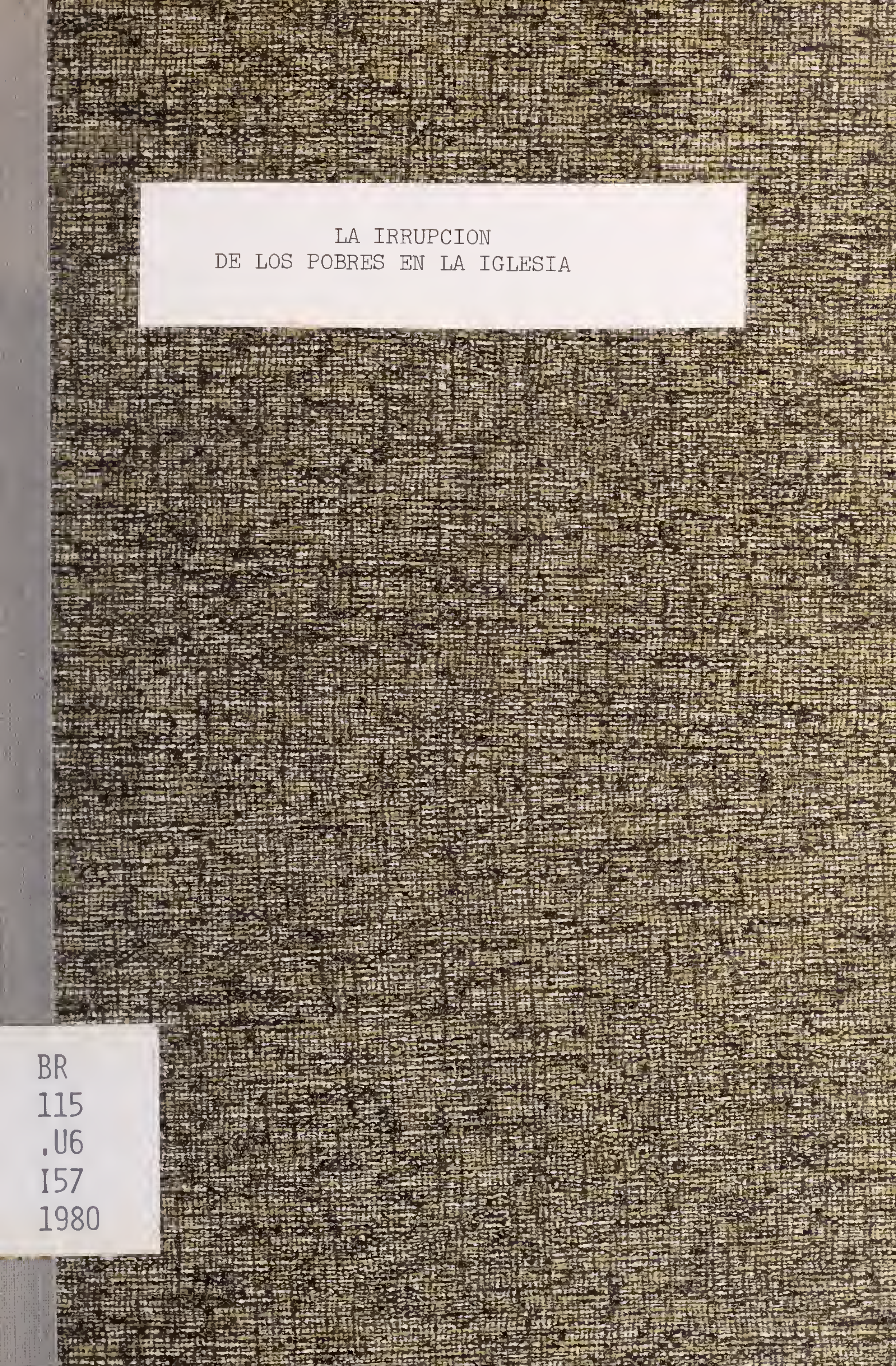
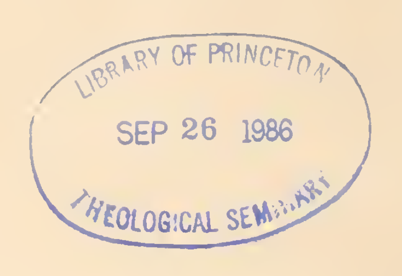

LA IRRUPCION
DE LOS POBRES EN LA IGLESIA
BR
115
.U6
I57
1980



# LA IRRUPCION DE LOS POBRES EN LA IGLESIA

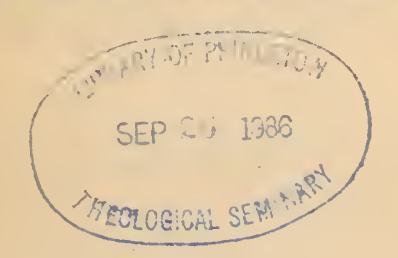
Documentos del
Congreso Internacional Ecuménico de Teología
(São Paulo, Brasil, 20 de Febrero al 2 de Marzo 1980)




LIBRARY OF PRINCETON
SEP 26 1986
THEOLOGICAL SEMINARY

# LA IRRUPCION DE LOS POBRES EN LA IGLESIA

Documentos del
Congreso Internacional Ecuménico de Teología
(São Paulo, Brasil, 20 de Febrero al 2 de Marzo 1980)




**DEI**

Departamento Ecuménico de Investigaciones
Apdo. 339-S. Pedro Montes de Oca
SAN JOSE — COSTA RICA
Teléfonos: 22-07-37 y 22-74-12

## CARTA A LOS CRISTIANOS QUE VIVEN Y CELEBRAN SU FE EN LAS COMUNIDADES CRISTIANAS POPULARES DE LOS PAISES Y REGIONES POBRES DEL MUNDO

*Nosotros, los que escribimos esta carta para Ustedes somos cristianos, laicos de las comunidades cristianas populares, pastores, sacerdotes, y obispos, hombres y mujeres, negros, blancos, autóctonos e indígenas, venidos de diferentes Iglesias Cristianas de 42 países, de América Latina, Africa, Asia, Caribe y América del Norte. Estuvimos reunidos, en nombre de Jesucristo, aquí en San Pablo, Brasil, del 20 de febrero al 2 de marzo de 1980, en espíritu de mucha fraternidad para orar, estudiar y reflexionar juntos sobre los llamados de Dios que nos llegan a través del Clamor de los pobres del mundo entero, sobre todo de la América Latina.*

*Nuestros hermanos, venidos de América Latina, Asia, Africa y de las minorías negra e hispana de América del Norte, nos contaron la situación de los pobres, de los negros, de las mujeres, de los pueblos indígenas de sus países. Y todos juntos, vimos que la pobreza existente en América Latina y en el resto del mundo no es el resultado del destino, sino que es el fruto de una gran injusticia que clama al cielo como la sangre de Abel asesinado por Caín (Gén. 4,10). Vimos también*

que la causa principal de esta injusticia debe ser encontrada en el sistema capitalista que, como una nueva Torre de Babel, (Gén. 11,1-8), se yergue sobre el mundo y controla la vida de los pueblos, favoreciendo a unos pocos que se enriquecen, cada vez más, a costa de la pobreza creciente de otros. Y por eso es que los pueblos empobrecidos de nuestros países viven un verdadero cautiverio dentro de su propia tierra.

Pero vimos también otra cosa más, que nos da mucha esperanza y que queremos compartir con ustedes, a saber: que la fuerza de la vida que viene de Dios se está manifestando exactamente en aquellos lugares donde la vida es oprimida, esclavizada y crucificada en el calvario del mundo. En efecto, en todas las partes del mundo pobre y sobre todo aquí en América Latina, los pobres, cristianos y no cristianos, están despertando, queriendo sacudir el yugo de la esclavitud. Y los cristianos están percibiendo que, en nombre de su fe en Jesucristo, ya no pueden concordar con esta situación. Por eso, en medio de esta lucha por la liberación, ellos se están reuniendo en comunidades para renovar su fe en Jesucristo y así ser un fermento en esta masa que busca su liberación. Como Abraham y Moisés, ellos se están levantando, procurando formar un nuevo pueblo, una nueva tierra renovada, donde la bendición de la vida que viene de Dios sea de hecho recuperada para todos (Gén. 12,1-4). Se están organizando y luchando en los movimientos populares para que todos puedan tener trabajo, pan, casa, salud, educación; para que puedan tener vida en abundancia como Jesús lo desea (J.10,10). Están luchando por una situación en la que el pueblo sea dueño de su producción

(Is. 65,22) en que puedan vivir en casas por ellos mismos construidas (Is. 65,21) y comer del fruto de la tierra por ellos mismos trabajada (Is. 62,8-9) una situación en que todos puedan vivir en paz en las colinas de su propia Tierra (Salmo 71,16). Quieren una Tierra donde todos puedan participar del poder, ser sujetos de su propio destino, y así alabar al Dios creador por el don de la vida. Muchos ya dieron su vida por esta causa. No pudieron ver la llegada del nuevo día, pero lo saludaron desde lejos (Heb. 11,13). Otros fueron presos, torturados y exiliados. Pero todos lucharon y todavía luchan en la fe de que la vida es más fuerte que la muerte y en la esperanza de que su sangre derramada dé su fruto en la liberación de sus hermanos.

Ahora, reflexionando sobre todo esto que está aconteciendo hoy en nuestros países, nosotros creemos que ustedes, luchando y sufriendo con valentía en los movimientos populares y viviendo y celebrando con alegría su fe en sus comunidades, están siendo la Buena Noticia de Dios que ya se anuncia en el mundo entero. Ella ya llegó a los oídos de los pastores de la Iglesia, reunidos en Puebla y en Oaxtepec. En Puebla ellos reconocieron: "ni todos nosotros nos hemos comprometido bastante con los pobres; ni siempre nos preocupamos con ellos y somos con ellos solidarios" (1.140). Y dijeron todavía: "El compromiso con los pobres y oprimidos y el surgimiento de las Comunidades de Base ayudaron a la Iglesia a descubrir el potencial evangelizador de los pobres, en cuanto éstos la interpelan constantemente, llamando a la conversión, y porque muchos de ellos realizan en su vida los valores evangélicos de solidaridad, servicio, simplicidad y dis-

*ponibilidad para recibir el don de Dios" (1.147). En Oaxtepec afirmaron: "Confesamos que nuestra indiferencia delante del clamor de los sectores más olvidados, más oprimidos, y necesitados de nuestros países contradice las exigencias del Evangelio. Nos unimos para hacer un llamado a los cristianos de América Latina, para que respondan a las exigencias de la justicia del Reino de Dios en un discipulado obediente y radical".*

*Así, a través de ustedes, el rostro de Cristo resplandece nuevamente sobre el mundo (2 Cor. 4,6). Ustedes son la carta de Cristo, reconocida y leída por todos los hombres, escrita no con tinta, sino con el Espíritu del Dios vivo, no en tablas de piedra, sino en tablas de carne y de corazones (2 Cor. 3,2-4). A través del testimonio de ustedes, Jesús evangeliza a los pobres, abre los ojos a los ciegos, libera a los cautivos (Luc. 4,18-19) enfrenta a los poderosos de dominación, y recupera la vida para todos. Hoy como en tiempo de cautiverio, el Dios que resucitó a Jesús de la muerte, está escondido en medio de la historia, del lado de los pobres, trabajando y liberando a su pueblo con fuerza victoriosa que vence la Muerte y recrea la Vida (Is. 43,18-19).*

*Nosotros, reunidos en este Congreso, asumimos la lucha de ustedes y pedimos al Padre, para que ustedes tengan la valentía y la alegría necesaria para continuar en la misión que ya están realizando: anunciar a todos los hombres la Buena Noticia de que el Reino de Dios está llegando (Mc. 1,5) los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos son curados, los sordos oyen, los*

*muertos resucitan , los pobres son evangelizados (Mt. 11,5) y están evangelizando! ¡Feliz aquel que no se escandaliza con esta noticia! La resurrección que viene de Dios ya está en camino, en la vida crucificada de tantos hermanos.*

*Las señales de esta resurrección están visibles en los sepulcros vacíos de los millares de desaparecidos, en la sangre derramada de tantos mártires, sobre todo en Guatemala, El Salvador, Argentina, Chile, Uruguay, Paraguay, Haití y tantos otros lugares; en las luchas de los pobres por la tierra y por sus derechos; en la resistencia silenciosa de tantos; en la revolución victoriosa de Granada y de Nicaragua, donde el pueblo conquistó su libertad, para poder ser libre; en el pueblo y en las comunidades ausentes de este congreso pero que también están en la lucha por un mundo más justo y más fraterno, como las de Cuba y de otros pueblos; en fin, en el pueblo pobre oprimido que de tantas maneras se organiza para enfrentar las dominaciones que, cada vez de nuevo, procuran aplastar las tentativas del pueblo.*

*En todo esto, el Reino de Dios viene avanzando, con su justicia y su verdad, juzgando el mundo y denunciando a los poderosos. Como en el tiempo del cautiverio, los cristianos deben sacarse las vendas de los ojos y procurar ver esta gran Buena Noticia de Dios, que hoy se anuncia en el mundo entero a través de los pobres (Is. 42.19,21).*

*Fue todo esto lo que nosotros reflexionamos en estos días de estudio y de oración. Pedimos a ustedes y a nosotros mismos, que en esta lucha nunca olvidemos*

*a aquellos que son más pobres que nosotros y a los pobres de Asia y de Africa. Que siempre estemos atentos al clamor de Dios que nos llega a través de millones de pobres del mundo; que continuemos siempre celebrando nuestra fe, leyendo la vida a la luz de la Palabra de Dios; que nunca nos olvidemos de que las comunidades cristianas populares son como el "ensayo del Reino", donde el mundo debe poder ver el "pueblo, la tierra y la bendición" que Dios desea para todos los hombres y donde las propias Iglesias encuentran un motivo para su conversión y constante transformación. Y finalmente que nunca nos cerremos solos nosotros en nuestros propios intereses, dividiéndonos en luchas internas, sino que nos organicemos en una lucha común para sacar el pecado del mundo, el gran pecado social del sistema capitalista que mata la vida de tantos hermanos. Procuremos vencerlo por la unión de todos, cristianos de varias Iglesias y no cristianos de buena voluntad que como ustedes luchan por la victoria de la vida sobre la Muerte, pues, "quien no está contra nosotros está de nuestro lado" (Mc. 9,40). El enemigo común de todos, este sistema capitalista dependiente, es como el dragón del Apocalipsis. Las pequeñas y frágiles comunidades son como la mujer que gime en los dolores del parto para generar una vida nueva que vence al dragón. (Apc. 12).*

*¡No tengan miedo! ¡Cristo resucitó! ¡El está vivo! El nos garantizó: yo vencí el mundo. Estaré con ustedes hasta el fin de los tiempos. (Ef. J. 16,33; Mt. 28,20).*

# DOCUMENTO FINAL DEL CONGRESO INTERNACIONAL ECUMENICO DE TEOLOGIA

## INTRODUCCION

1. Reunidos en San Pablo, entre el 20 de febrero y el 2 de marzo de 1980, cristianos de 42 países, celebramos el IV Congreso Internacional Ecuménico de Teología convocado por la Asociación Ecuménica de Teólogos del Tercer Mundo.

Simultáneamente compartimos nuestras reflexiones con las comunidades cristianas reunidas en la Semana de Teología, realizada todas las noches en la Pontificia Universidad Católica de San Pablo.

Asistimos alrededor de 180 personas entre laicos, obispos, pastores, sacerdotes, religiosos y teólogos de diversas Iglesias cristianas. Los participantes proveníamos de comunidades cristianas populares de América Latina, Caribe, delegaciones de Africa, Asia y de las minorías étnicas de U.S.A., así como observadores de Europa y América del Norte.

Este IV Congreso fue antecedido por los Congresos de Dar-es-Salaam (Tanzania) en 1976, Accra (Ghana) en 1977 y Colombo (Sri Lanka) en 1979.

2. En esta oportunidad el tema de nuestra reunión fue "Eclesiología de las Comunidades Cristianas Populares". La reflexión que realizamos partió de la rica experiencia de estas comunidades eclesiales de base, signo de renovación en las Iglesias del Tercer Mundo; y estuvo centrada particularmente en América Latina. En esta experiencia, nos hallamos profundamente ligados

a nuestras Iglesias y Pastores, fieles al llamado de la Palabra de Dios y a la inserción de las comunidades cristianas en la vida de nuestros pueblos.

3. Católicos y protestantes de diversas Iglesias reconocemos una búsqueda común en la implantación del Reino de Justicia y Paz. Al reflexionar sobre la práctica de las comunidades cristianas populares hemos compartido días de oración comunitaria alabando al Señor por todos los signos de liberación e intercediendo por aquellos que sufren las penurias del cautiverio.

4. Desafiados por la Palabra de Dios que llega a nosotros a través de la Biblia y de la historia de nuestros pueblos, como miembros de la comunidad de Jesucristo damos testimonio del resultado de nuestro trabajo.

5. Queremos expresar antes nuestra profunda gratitud al Sr. Cardenal Don Pablo Evaristo Arns por la fraterna hospitalidad con que nos recibió en ámbito de su Arquidiócesis.

Agradecemos también los mensajes de apoyo recibidos del Rev. Philip Potter, Secretario general del CMI (Consejo Mundial de Iglesias), del cardenal J. Willebrands, Presidente del Secretariado para la Unión de los Cristianos, y del Obispo Federico Pagura, Presidente del Consejo Latinoamericano de Iglesias (CLAI).

## I) Irrupción histórica de los pobres

### A. Los movimientos populares de liberación

6. La situación de sufrimiento, de miseria, de explotación de las grandes mayorías, concentradas especialmente, pero no exclusivamente, en el llamado Tercer Mundo, es tan evidente como injusta.

7. Sin embargo, el proceso histórico más importante de nuestro tiempo empieza a ser protagonizado por esos mismos pueblos, verdaderos "condenados de la tierra". Su opresión tiene

raíces en la explotación colonial de la que fueron víctimas por siglos. Su lucha por la vida, por su identidad racial y cultural, negada por el dominador extranjero, es tan amplia como la dominación misma. Sin embargo, su decisión y su capacidad de liberación humana tienen hoy un alcance nunca antes igualado, como se prueba en el caso reciente de Nicaragua.

8. En el contexto del Tercer Mundo, las clases populares emergentes impulsan movimientos sociales, y a través de sus luchas forjan una conciencia más lúcida de la sociedad global y de sí mismos.

9. Estos movimientos sociales populares expresan mucho más que una reivindicación económica. Se trata del hecho nuevo, en los términos que hoy reviste, de la irrupción masiva de los pobres en cada sociedad. Ellos son las clases explotadas, las razas oprimidas, los seres que se desea mantener ausentes y desconocidos en la historia humana y que cada vez con mayor decisión, muestran su propio rostro, expresan su palabra y se organizan para conquistar por sí mismo el poder que les permita garantizar la satisfacción de sus necesidades y la creación de verdaderas condiciones de liberación.

10. En el caso de América Latina, junto al movimiento obrero industrial —cuya fuerza es tradicionalmente reconocida— y de la organización sindical de los campesinos que se extiende cubriendo amplias masas empobrecidas, aparecen nuevas formas de organización obrera, oposiciones sindicales más amplias y movimientos sociales populares originados en los barrios, asociaciones de vecinos, clubes de madres, movimientos contra la carestía de la vida, por habitación, salud, etc. Surgiendo desde lo más profundo de nuestro pueblo pobre, las nacionalidades autóctonas oprimidas se afirman en su vieja identidad y las razas oprimidas pugnan por sacudir su opresión étnica en el interior de este movimiento popular de conjunto. Proceso complejo y discontinuo, con avances y retrocesos, pero que muestra una tendencia ascendente que es señal de esperanza.

11. A medida que el movimiento popular se desarrolla, se coloca la cuestión fundamental de formular un proyecto histórico,

que se basa hoy en la crítica al capitalismo y a la dominación imperialista. Ese proyecto encierra una exigencia radical de democratización, en la construcción de un sistema político en que el control popular sobre los gobernantes y al poder popular sean una realidad efectiva.

**B. Estructuras de dominación**

12. Esta marcha del pueblo en el Tercer Mundo, se hace en el marco del capitalismo dependiente. Ahí los sectores que detentan el poder económico, político y cultural ejercen su dominación sobre la sociedad a través de un enorme número de estructuras, instituciones y mecanismos que se reproducen a nivel nacional e internacional, que varían según los países y regiones: propiedad de tierra desigual, concentración de las riquezas y de las innovaciones técnico-científicas, carrera armamentista con su producción de instrumentos de muerte y destrucción de la vida, transnacionalización de la economía, etc. A nivel internacional eso se realiza por los mecanismos monetarios, empresas multinacionales, clubes de decisión política de los países ricos (Ej. Trilateral), llevando al endeudamiento creciente a los países del Tercer Mundo.

13. En las sociedades africanas, asiáticas y latinoamericanas, dentro de las características de cada región, las estructuras internacionales combinadas con las estructuras nacionales del sistema capitalista, producen un proceso de desarrollo excluyente, desarticulado y concentrado, con el empobrecimiento de las mayorías, aumento del costo de vida, inflación, desempleo, subalimentación, deterioro de la calidad de vida, sobre-explotación de la mujer y de los niños, etc.

14. Los sectores dominantes ejercen su poder en la sociedad, buscando introducir en toda la población determinadas actitudes y comportamientos a través de la educación formal, de los medios de comunicación de masas, de los partidos e inclusive de las organizaciones populares. Se va conformando así un tipo de sociedad con sus valores y estilos de vida materialista y utilitarista.

15. Además de eso se da una concentración del poder en estados autoritarios que, de arriba para abajo, se colocan como tuto-

res de la sociedad, penetrando inclusive en la vida privada de los ciudadanos. En América Latina se justifican a través de modelos de democracia restringida, meramente formal o de Seguridad Nacional.

Las instituciones políticas, en todos sus niveles, restringen y tratan de controlar las posibilidades de participación de los grupos y clases populares en la toma de decisión y en las posibilidades de cambio social.

16. Es importante subrayar la implacabilidad de toda una serie de mecanismos de dominación más sutiles, frecuentemente subestimados en los análisis, que producen formas de desigualdad y discriminación entre negros, indígenas y mujeres. Hay que hacer notar que los diferentes mecanismos no se contraponen o yuxtaponen unos a los otros, sino al contrario, se articulan en una misma estructura global de dominación. Las poblaciones negras, los pueblos indígenas y la mujer del pueblo, durante siglos y todavía hoy, siguen doblemente oprimidos, luchando sin embargo, más que en el pasado por su liberación. Estos mecanismos no responden en forma determinista ni lineal a los intereses de dominación, sino que engendran contradicciones que los sectores populares pueden aprovechar en su camino.

17. En verdad estas estructuras y estos mecanismos de dominación siguen ritmos diferentes, de acuerdo con diferencias de nacionalidades y de regiones y principalmente según la capacidad de respuesta, en términos de organización, de conciencia y de lucha de las fuerzas sociales populares emergentes. Así, estas fuerzas van ocupando cada vez más lugares en las diferentes instituciones de la sociedad.

18. Además se puede constatar que este sistema de dominación vive una crisis permanente, ya desde sus comienzos, y se va haciendo cada vez más aguda en las últimas décadas con el fortalecimiento de los sectores populares.

**C. Movimiento popular y comunidades eclesiales de base**

19. Crece cada vez más en América Latina, el número de cristianos que expresan y celebran explícitamente su fe en Cristo y su esperanza en el Reino de Dios, al interior del movimiento popular. Surge una corriente eclesial y popular que se va expresando en diferentes formas de vida y de comunidad cristiana.

20. La irrupción del pobre se da también dentro de la Iglesia ya establecida produciendo una transformación religiosa y eclesial. La Iglesia vive así el juicio de Dios, que irrumpe en la historia liberadora de los pobres y explotados. Es un tiempo de gracia y de conversión eclesial, fuente inagotable de una nueva y exigente experiencia espiritual. En la lucha del pueblo, la Iglesia redescubre siempre más su identidad y su misión propias.

21. La corriente cristiana al interior del movimiento popular y la renovación de la Iglesia a partir de su opción por los pobres son un movimiento eclesial único y específico. Este movimiento eclesial va configurando diferentes tipos de comunidades eclesiales de base, donde el pueblo encuentra un espacio de resistencia, de lucha y de esperanza frente a la dominación. Allí los pobres celebran su fe en Cristo liberador y descubren la dimensión política de la caridad.

22. Las comunidades eclesiales de base o comunidades cristianas populares, son parte integrante del caminar del pueblo, pero no constituyen un movimiento o poder político paralelo a las organizaciones populares, ni pretenden legitimarlas. Las comunidades cristianas ejercen dentro del pueblo de los pobres, a través de la formación de la conciencia, de la educación popular y del desarrollo de valores éticos y culturales, un servicio liberador, asumidos en su misión específica, evangelizadora, profética, pastoral y sacramental.

23. La Iglesia rescata los símbolos de esperanza del pueblo, manipulados secularmente por el sistema de dominación. La Iglesia celebra la presencia del Dios de Vida, en las luchas populares por una vida más justa y humana. La Iglesia encuentra al Dios de

los pobres, enfrentando los ídolos de la opresión. La Iglesia acoge el Reino como Don gratuito del Padre, en la construcción de la fraternidad y la solidaridad de todas las clases oprimidas y de las razas humilladas por este anti-Reino de la discriminación, de la violencia y de la muerte, que es el sistema capitalista dominante.

24. La manifestación histórica de los pobres que se apropian del Evangelio como fuente de inspiración y esperanza en su lucha por la liberación, está profundamente enraizada en la tradición bíblica. Lo cual, por lo demás, puede ser fácilmente verificada a lo largo de la historia de las Iglesias cristianas.

25. En el Antiguo Testamento, toda la historia de un pueblo que se libera, es narrada desde la perspectiva del éxodo de una situación de opresión en dirección a un espacio y un tiempo de libertad, abundancia y fraternidad. Lo mismo ocurre en el Nuevo Testamento, donde la enseñanza de Jesús, como nos la presenta el evangelista Mateo, empieza con las Bienaventuranzas de los pobres (Mt. 5. 2 a 11) y termina con la sentencia definitiva de que Cristo solamente puede ser encontrado en las prácticas concretas que redimen al pobre de su condición de explotado, de oprimido, de hambriento, en definitiva, de despojado de su dignidad humana y de hijo de Dios (Mt. 25, 31-40).

26. Todo el relato bíblico nos revela que la lucha de los pobres por su liberación son signos de la acción de Dios en la historia, y como tales son vividos como gérmenes imperfectos y provisorios del Reino definitivo. Los cristianos tienen la responsabilidad de discernir la acción del Espíritu, que impulsa la historia y suscita las anticipaciones del Reino dentro de cada sector del mundo de los pobres.

## II) Desafío a la Conciencia Eclesial

27. Este camino de sufrimiento, de conciencia y de lucha de nuestro pueblo, nos plantea como cristianos y como Iglesia cuestionamientos y desafíos. Por un lado, debemos entender ese camino a la luz de la Revelación de Dios a lo largo de la historia. Por otro lado, nuestras maneras de vivir y comprender la fe, son interpela-

das por la vitalidad y creatividad de los movimientos populares y las comunidades eclesiales de base. Más en particular, necesitamos actualizar y profundizar nuestra eclesiología, y esto, principalmente en tres líneas:

a. la relación profunda entre el Reino, la historia humana y la Iglesia.

b. la evangelización y las comunidades eclesiales de base.

c. el seguimiento de Jesús.

**A. Reino, historia humana e Iglesia**

28. Por nuestra fe sabemos que la historia colectiva que vivimos con nuestro pueblo, con sus contradicciones de dominación y liberación, de segregación y fraternidad, de vida y de muerte, tiene un sentido de esperanza. Aquí queremos "dar razón de nuestra esperanza" (1 Pedro, 3,15).

29. El Dios en quien hemos creído es el Dios de la Vida, de la libertad y la justicia. El creó "la tierra y todo lo que en ella se contiene" al servicio del hombre y de la mujer, para que ellos vivan, comuniquen la vida y transformen esa tierra en hogar para todos sus hijos. El pecado del hombre que se apropia de la tierra y asesina a su hermano, no destruye el designio de Dios (Gén. 2-4). Por eso él llama a Abraham para ser padre de un pueblo (Gén. 12 y ss.) y a Moisés para liberar a ese pueblo de la opresión, hacer con él una alianza y encaminarlo a la tierra prometida (Exodo, Deuteronomio).

30. Jesús proclama a ese mismo pueblo la presencia nueva del Reino de Dios. El Reino que él muestra con su práctica mesiánica no es sino la voluntad eficaz del Padre que quiere la vida para todos sus hijos (Lucas 4 y 7, 18-23). El sentido de existencia de Jesús es dar su vida para que todos tengamos vida, y en abundancia. Esto lo hizo solidarizándose con los padres, haciéndose pobre (2 Cor. 8,9: Fil. 2,7) para desde dentro de la pobreza anunciar el Reino de la liberación y de la vida. Las élites religiosas y los jefes

políticos que dominan al pueblo de Jesús, rechazan este Evangelio: ellos "quitan de en medio" al Testigo del amor del Padre, y "dan muerte al Autor de la vida". De esta manera, colman la medida del "pecado del mundo" (Hechos 2,23 y 3, 14-15; Rom. 1, 18-3.2; Juan 1,5 y 10-11; 3, 17-19).

31. Pero el amor de Dios es más grande que el pecado del hombre. El Padre lleva adelante su obra para el mismo pueblo judío y para todos los pueblos de la tierra por la resurrección de Jesús de entre los muertos. En Jesucristo resucitado se da el triunfo definitivo sobre la muerte y la primicia de "la nueva tierra y el nuevo cielo", ciudad de Dios con los hombres (Apoc. 21, 1-4).

32. La presencia del Reino no es tangible para nosotros de la misma manera como lo fue para los compañeros de Jesús (1 Juan 1), ni podemos ver todavía la plenitud del Reino que esperamos. Por eso el Señor Resucitado derrama su espíritu sobre la comunidad de sus discípulos: para que con su misma vida la Iglesia sea el cuerpo visible de Cristo entre los hombres, que revela su acción liberadora en la historia (Hechos 2; Cor. 11-12; Ef. 4).

33. La realización del Reino como designio último de Dios para su creación, se experimenta en los procesos históricos de liberación humana.

El Reino posee por un lado carácter utópico, nunca totalmente realizable en la historia, y por otro lado se anticipa y se concretiza en las liberaciones históricas. El Reino impregna y atraviesa las liberaciones humanas manifestándose *en* ellas, pero sin identificarse *con* ellas. Las liberaciones históricas, por el hecho de ser históricas, son limitadas, pero abiertas a algo mayor. El Reino las sobrepasa. Por eso es objeto de nuestra esperanza y podemos entonces orar al Padre: "Venga tu Reino". Las liberaciones históricas encarnan el Reino en la medida en que humanizan la vida y generan relaciones sociales de mayor fraternidad, participación y justicia.

34. Para entender la relación entre Reino y liberaciones históricas puede ayudarnos, de modo analógico, el misterio de la encar-

nación. Así como en el único y mismo Jesucristo, la presencia de Dios y del hombre conservan cada una su identidad, sin absorción ni confusión, así acontece con la realidad escatológica del Reino y de las liberaciones históricas.

35. La liberación y la vida que Dios nos ofrece sobrepasa, pues, todo lo que podemos alcanzar en la historia. Pero no se nos ofrece fuera de esa historia o sin pasar por ella. Por otra parte, es demasiado evidente que en el mundo hay también otras fuerzas que son de opresión y de muerte. Son las fuerzas del pecado, personal y social, que rechazan el Reino y niegan prácticamente a Dios.

36. Todo hombre es llamado por la palabra del Evangelio a acoger el Reino como don, convirtiéndose de la injusticia y de los ídolos al Dios vivo y verdadero anunciado por Jesús (Mc. 1,15; Jn. 16,3; 1 Tes. 1,9). El Reino es gracia y debe ser acogido como tal, pero es también exigencia de vida nueva, de compromiso en la liberación solidaria de los oprimidos y en la construcción de una sociedad justa. Por eso decimos, que el Reino es *de Dios,* es gracia y obra suya, pero al mismo tiempo es exigencia y tarea para el ser humano.

37. El Reino es el horizonte y el sentido de la Iglesia. Es urgente recordarlo hoy desde el Tercer Mundo: la Iglesia no existe para sí misma, sino para servir a las personas en orden al Reino de Dios, para revelarles el dinamismo del Reino que atraviesa su historia, para testimoniar la presencia de Cristo Liberador y de su Espíritu en los hechos y los signos de vida que se dan en el caminar de los pueblos.

Para cumplir esa misión, la Iglesia procura seguir a Jesús optando como él por los pobres de la tierra, "poniendo su tienda" entre ellos (Jn. 1,14). Así puede vivir en forma densa y significativa la realidad nueva del Reino. Desde allí puede ser testigo creíble y sacramento viviente del Evangelio del Reino para todos los hombres.

38. El Reino también juzga a la Iglesia. La provoca a la conversión, denunciando sus contradicciones, su pecado en las personas y en las estructuras. Le hace confesar sus yerros históricos, sus complicidades, sus traiciones a la misión evangelizadora. En este de humilde confesión, la Iglesia encuentra la gracia de su Señor que la purifica y la alienta en su camino.

**B. La evangelización y las comunidades eclesiales de base**

39. Una comunidad es cristiana porque evangeliza: esa es su tarea, su razón de ser, su vida. Evangelizar es una actividad diversa y compleja: una comunidad cristiana está llamada a evangelizar en todo lo que hace: por las palabras y por las obras.

40. Evangelizar es anunciar el verdadero Dios, el Dios revelado en Cristo: el Dios que hace alianza con los oprimidos y defiende su causa, el Dios que libera a su pueblo de la injusticia, de la opresión y del pecado.

41. La liberación de los pobres es un camino doloroso, marcado tanto por la pasión de Cristo como por los signos de resurrección. La liberación de los pobres es una historia inmensa que abarca la totalidad de la historia de la humanidad y le da su verdadero sentido. El Evangelio proclama la historia de la liberación total presente en los acontecimientos actuales. Ella muestra cómo aquí y ahora en medio de las masas pobres de América Latina y en todos los pueblos marginados Dios está liberando a su pueblo.

42. Puebla habló del "potencial evangelizador de los pobres" (1147). Con esta expresión Puebla quiso valorizar la experiencia rica y múltiple de numerosas comunidades cristianas, ya que esa vivencia fue la que permitió redescubrir la realidad de una evangelización hecha por los pobres. Los pobres —pueblo oprimido y creyente— anuncian y muestran la presencia del Reino de Dios en su propio caminar y en su lucha: la vida nueva, la resurrección que se manifiesta en sus comunidades es el testimonio viviente de que Dios está actuando en ellos. Su amor a los hermanos, a los enemigos y su solidaridad, muestran la presencia activa del amor del Padre. Los pobres pueden evangelizar porque a ellos han sido revelados los secretos del Reino de Dios (Mateo 11, 25-27).

43. La evangelización hecha por los pobres encuentra en América Latina su lugar privilegiado en una experiencia concreta: las comunidades eclesiales de base. Estas comunidades son lugares de encarnación de una Iglesia que fiel a su vocación nace constantemente de la fe del pueblo desde los "no invitados al banquete" (Lc. 14, 15-24). En ellas se realiza la evaluación de la vida de fe en un compromiso concreto, en ellas se celebra la esperanza de los pobres y se comparte el pan que hace falta a tantos hermanos y en el cual se hace presente y se reconoce la vida del Resucitado. Lugares privilegiados en los cuales el pueblo lee la Biblia y hace suyo, en sus propios términos, en sus propias expresiones, el mensaje. Permite momentos de encuentro fraterno en los cuales Dios es reconocido como Padre. El aspecto comunitario está unido, pues, a la tarea evangelizadora, al llamado a hacer discípulos y formar una asamblea de discípulos, una Iglesia a partir de los pobres.

44. La evangelización no tiene como finalidad la formación de pequeñas élites ni de grupos privilegiados en la Iglesia. Ella se dirige a la muchedumbre de ovejas, sin pastor, como dice Jesús (Mat. 9, 35); esto es, a las masas abandonadas, desposeídas de todos los bienes. Por eso las comunidades cristianas se renuevan en el movimiento que las impulsa a buscar a los más explotados entre los pobres. La evangelización de las masas se hace dentro de la perspectiva de la opción preferencial por los pobres.

45. De este modo ella contribuye significativamente a la transformación de la masa en pueblo. Por otro lado las multitudes humanas no son individuos aislados, los pobres son humillados colectivamente en aquello que los reúne y hace su identidad: en su cultura, en su lengua, en su raza, en su nación y su historia, y también doblemente en el caso de las mujeres.

La evangelización es actividad concreta que se dirige a personas concretas y aquí y ahora. Por eso ella asume la liberación de los pobres en la liberación de su cultura, de su lengua, de su raza, de su sexo. Las comunidades cristianas populares son primicia

del pueblo entero a cuyo servicio están. En ellas el pueblo pobre descubre mejor su identidad, su valor, su misión evangelizadora dentro de la historia de liberación de los pueblos. La universalidad del anuncio del Evangelio pasa por ese proceso histórico y por ese compromiso de la comunidad cristiana.

**C. El seguimiento de Jesucristo**

46. Las masas siguen a Jesús y admiran el bien que hace a todos. (Hech. 10,38), son las primeras en escuchar la buena nueva del Reino. Jesús "agrupa en torno a sí, a unos cuantos hombres tomados de diversas categorías sociales y políticas de su tiempo. Aunque confusos y a veces infieles, los mueve el amor y el poder que de él irradian: ellos son constituidos en simiente de su Iglesia; y atraídos por el Padre, inician el camino de seguimiento de Jesús (Puebla, 192).

La fuerza del Espíritu lleva a una conversión, a un cambio radical de vida; se constituye así una comunidad apostólica, germen y modelo de las primeras comunidades eclesiales. En el designio de Dios, los ricos y poderosos, para recibir el Evangelio debieron aprenderlo de mujeres y hombres del pueblo.

47. Estas primeras comunidades dan testimonio de Jesucristo y enseñan el camino para seguirlo: Jesús fue pobre y vivió entre pobres y les anunció la esperanza. Se trata de una esperanza mesiánica, diferente a la de algunas erróneas representaciones de su tiempo, pero fiel cumplimiento de la promesa de su Padre. El Mesías anuncia el Reino de Dios, es decir a un Dios que se revela como tal porque reina haciendo justicia a los pobres y oprimidos. Separar a Dios de su Reino es ignorar al Dios anunciado por Jesús. Un Dios que convoca a los hermanos, desde los más pobres y abandonados. Jesús proclama que ellos son bienaventurados y que el Reino les pertenece por un don gratuito y preferencial del Señor. Este don trae la exigencia del compromiso por la justicia.

48. La buena nueva que anuncia a los pobres el fin de la opresión, de la mentira, de la hipocresía y del abuso del poder, es también mala noticia para quienes lucran por el abuso y la injusticia.

Por eso los poderosos persiguen a Jesús hasta la muerte. Jesús "quiso ser la víctima decisiva de la injusticia y del mal de este mundo" (Puebla, 194) y así practicar lo que había enseñado: que nadie ama más que el que da la vida por otros. Por un amor tan grande seremos reconocidos como sus discípulos. Tales son "las exigencias de la justicia del Reino de Dios en un discipulado obediente y radical" (Carta a las Iglesias cristianas y organismos ecuménicos de América Latina, Oaxtepec, México, 24.9.78).

49. Las primeras comunidades recorrieron el camino liberador de Jesucristo proclamándolo como único Señor; llegaron al martirio por rechazar el culto idolátrico a los poderes de este mundo. Hoy, muchas comunidades cristianas populares en el Tercer Mundo recorren el mismo camino de seguimiento de Jesús. Rehusan aceptar los mecanismos de dominación que enriquecen a los sectores y países podeosos con la pobreza de los débiles (Cf. discurso de Juan Pablo II a la Conferencia Episcopal de Puebla); reclaman para los oprimidos y explotados la justicia y la dignidad, el trabajo y el pan, la educación, el techo y la participación en la construcción de la historia de cada pueblo. Desde esta lucha liberadora estas comunidades experimentan al Señor como vivo y presente; sienten la acción del Espíritu que al mismo tiempo llama al desierto de la prueba, y envía a evangelizar a pobres y oprimidos, con la valentía de un nuevo Pentecostés.

50. En el seguimiento de Jesús no se separa nunca la experiencia espiritual de la lucha liberadora. Al interior de este proceso se experimenta a Dios como Padre, a quien es ofrecido todo esfuerzo y toda lucha; de quien viene la valentía y el coraje, la verdad y la justicia. La confianza filial asegura que si el Padre resucitó a su Hijo para demostrar la verdad de su Palabra, también dará la vida a quien, en el camino de Jesús, entregue su vida por los demás.

51. Como a Jesús se ha perseguido a quienes denunciaron la existencia de miseria y opresión. Esta denuncia desenmascara la falsa ilusión de un progreso creciente, despreocupado, feliz. Anuncia además que los pobres reclaman justicia. Son verdades incómodas que no hay que silenciar.

52. El camino de Jesús que recorren las comunidades eclesiales de base es un camino de fe en un Dios a quien no vemos y de un amor al hermano a quien vemos. No está en el camino de Jesús quien dice creer, pero no ama, o quien dice amar, pero en la práctica no la hace. Por eso los mártires de la justicia, que dan su vida por la libertad de sus hermanos oprimidos, son también mártires de la fe, porque aprendieron del Evangelio el mandamiento del amor fraterno, como signo de los discípulos del Señor.

## III) Exigencias y Cuestionamientos

### A. Espiritualidad y Liberación

53. Durante nuestro encuentro hemos dedicado largos momentos a la celebración común de nuestra fe y nuestra esperanza.

54. Creemos que el cultivar la espiritualidad o vida según el Espíritu de Jesús es una exigencia fundamental de cada uno de nosotros y de las comunidades cristianas. Muchos de nosotros y de nuestras comunidades, vivimos la búsqueda de la espiritualidad cristiana dentro de la nueva situación de la Iglesia en el Tercer Mundo.

Por su importancia capital, pensamos que el tema de la espiritualidad debe ser retomado en futuros encuentros, escritos y realizaciones.

55. Debemos ayudar a nuestras comunidades a vivir de la gran tradición espiritual de la Iglesia que hoy, como en cada época, se encarna y expresa asumiendo los actuales desafíos de la historia. Así, podemos hablar de una "Espiritualidad de la liberación". Debemos vitalizar, y aun a veces recuperar, la espiritualidad cristiana como la experiencia original que lanza a los cristianos y a las comunidades populares al compromiso evangelizador y político y a la reflexión teológica.

56. Ello implica ir superando los dualismos, ajenos a la espiritualidad bíblica: fe y vida, oración y acción, compromisos y tareas

diarias, contemplación y lucha, creación y salvación. La espiritualidad no es solo un momento del proceso de liberación de los pobres, sino la mística de la experiencia de Dios en todo este proceso. Significa el encuentro con el Dios vivo de Jesucristo, en la historia colectiva y en la vida cotidiana y personal. La oración y el compromiso no son prácticas alternativas, se exigen y refuerzan mutuamente. La oración no es una evasión, sino un modo fundamental de seguir a Jesús, que nos hace siempre disponibles para el encuentro con el Padre y para las exigencias de la misión.

57. La Espiritualidad reclama también hoy de nosotros que nos enriquezcamos con las grandes tradiciones religiosas y culturales del Tercer Mundo. Todo esto nos irá enseñando a introducir la poesía, la música, lo simbólico, la fiesta y la convivencia, y sobre todo la gratuidad, en la celebración de nuestra fe.

58. Los agentes de la evangelización no han de celebrar para el pueblo, sino con él. El pueblo nos evangeliza transmitiéndonos la mística de su fe, de su solidaridad y de sus luchas.

59. La espiritualidad que hoy buscamos revitalizar, quiere acentuar el amor de Dios que nos llama a seguir a Jesús y que se revela en el pobre. En las luchas, en la entrega, en el martirio del pueblo, Jesús es seguido hasta el sacrificio de la cruz, pero también hasta su resurrección liberadora.

60. La espiritualidad que queremos recrear, hace de la opción solidaria por los pobres y oprimidos una experiencia del Dios de Jesucristo. Todo esto exige de nosotros un constante éxodo interior y un cambio de lugar social y cultural. Nos compromete a vivir las consecuencias políticas y económicas del mandamiento del amor.

61. La Eucaristía o Cena del Señor ha de ocupar el lugar central de nuestras comunidades, junto a la Palabra de Dios puesta en común. Celebradas entre los pobres y oprimidos, son promesa y exigencia de la justicia, de la libertad y la fraternidad por las que luchan los pueblos del Tercer Mundo.

62. Para las comunidades cristianas, María, la madre de Jesús, se presenta sobre todo como la mujer pobre, libre y comprometida del Magnificat, como la creyente fiel que acompañó a su Hijo hasta la Pascua. Para las comunidades católicas, los santos de su devoción se convierten en familiares del Reino y compañeros de camino.

63. Nuestras comunidades cristianas populares han de crecer en su dimensión contemplativa. En la oración estas comunidades del Tercer Mundo deben agradecer el don de la naturaleza y la vida, como expresión del gozo que nos producen y del respeto que nos merecen. Y agradecer también con alegría y valentía en la historia el don de la comunión con el Dios que todo lo alienta. Nuestras comunidades cristianas además de vivir la oración deben educar para ella. Abiertas a la vida recogerán en la oración el clamor del pueblo que pide justicia y busca sin descanso el rostro de su Dios liberador.

64. Reafirmamos la eficacia evangelizadora y libertadora de la creación, en nosotros y en los pueblos. Creemos en su eficacia humanizadora en las luchas. Creemos que la contemplación cristiana da sentido a la vida y a la historia, aun en los fracasos, e impulsa a aceptar la Cruz como camino de liberación.

## B. Persecución, represión y martirio

65. La Iglesia que renace por la fuerza del Espíritu entre las clases explotadas y oprimidas de nuestros pueblos, mantiene viva la memoria peligrosa de los mártires, que entregaron su vida como el signo del amor mayor (Juan 15,13). Con una sensibilidad cristiana esta Iglesia, recupera así la tradición de las más antiguas comunidades eclesiales, y alcanza aquí el centro de la fe cristiana: el rescate de manos de un mundo impío, injusto e idólatra, de la memoria calumniada de aquel excluido de la sociedad: Jesús de Nazareth.

66. El asesinato de Jesús (Hechos 5,30), además de matar su vida, intentó difamarlo y asestar un golpe mortal a su causa: "Ha blasfemado" (Marcos 14,64); "si no fuera este un subversivo no lo

traeríamos ante tu tribunal" (Juan 18,30); si no vigilan su sepulcro con soldados, "vendrán sus discípulos y lo robarán y dirán al pueblo que ha resucitado de la muerte" (Mateo 27,64).

67. Los poderes dominantes del tiempo de Jesús tuvieron terror al recuerdo del asesinado. Sin embargo, el sepulcro vacío y la fuerza del Espíritu que hace presente a Jesús resucitado en medio de sus amigos, suscitaron la fe pascual que liberó a los discípulos de un temor paralizante y cómplice. Hombres débiles anunciaron con vigor que el asesinado "fuera de los muros de la ciudad" (Hebreos 13,12), "este Jesús a quien Ustedes crucificaron, fue resucitado por Dios y hecho Señor y Mesías" (Hechos 2, 33, 36).

68. La "manera de vivir" o "camino" que los discípulos anunciaban, aquella igualdad de pensar y de sentir, de tener todo en común y no permitir la explotación de nadie, aquella "eficacia" en el anuncio de Jesús resucitado, en una palabra, aquella aproximación al Reino que constituyen las primeras comunidades cristianas (véase: Hechos 4, 32-35) fue perseguida y reprimida por los mismos que habían asesinado al Señor. Unidos en la comunidad de vida, en la oración y en el compartir del pan (Hechos 2,42), los que antes estaban silenciados por el terror, entraron, llenos del Espíritu, en la resistencia y proclamaron que "hay que obedecer a Dios antes que a los hombres" (Hechos 5,30).

69. En todo el Tercer Mundo hoy las clases populares y las etnias oprimidas resisten, se organizan y luchan para construir tierras de justicia, de trabajo y de vida compartidos y humanizantes. Están así obedeciendo a Dios que quiere que los hombres vivan y dominen la tierra como herederos, como hijos que se sienten en un hogar de hermanos. La Iglesia que renace en este pueblo, en lucha espontánea y organizada, comparte esta lucha y muchas veces la impulsa con su fe inconmovible en el amor de Dios que garantiza el sentido absoluto de esta lucha.

70. Por eso la Iglesia sufre la misma represión que las clases dominantes desatan contra el pueblo. Esta represión desencadenada por odio a la justicia, por odio a la dignidad de los hombres,

es lo que llamamos hoy persecución a la Iglesia. A los torturados, desaparecidos, exiliados, presos y asesinados de este pueblo tenemos derecho a celebrarlos como mártires. Son obreros, campesinos, indios y negros, hombres y mujeres, niños inocentes entusiasmados ya por el proyecto histórico de sus padres. Y a los catequistas, delegados de la palabra, líderes de comunidades cristianas, sacerdotes y pastores, religiosos y religiosas, y obispos mártires, tenemos derecho a celebrarlos como héroes sacrificados del pueblo de los pobres.

71. Cuando nuestra Iglesia no acepta vivir de esta vida entregada generosamente por la causa de Dios en la causa de las clases hoy explotadas y oprimidas, cuando se deja paralizar por el temor y no recuerda, con el pueblo, a sus mártires, tenemos derecho a preguntarnos si tiene ojos nuevos para reconocer al Señor crucificado en los rostros desfigurados de los empobrecidos del Tercer Mundo (véase: Puebla, nn 31-39).

72. Tenemos derecho a preguntarnos si como Iglesia practicamos la oración de agonía que Jesús practicó, la oración de la sumisión al Padre y de la resistencia al opresor, la oración que dio a Jesús la fuerza para caminar a la cruz, de la que Dios lo resucitó. Tenemos que preguntar a nuestra Iglesia si reconoce en el dar la vida por los amigos el amor mayor.

73. Sin embargo damos gracias al Señor porque aumentan los pastores y las comunidades que anuncian la muerte de sus mártires y la prolongan con su propio testimonio.

**C. Unidad de las Iglesias a partir de los pobres**

74. La mayor división y desunión que sufre el Tercer Mundo es el pecado de la injusticia por el que "muchos tienen poco y pocos tienen mucho" (Puebla, Mensaje a los pueblos de América Latina). Esta injusticia traspasa y divide también a todas nuestras Iglesias y les hace tomar posturas contradictorias.

75. Constatamos con alegría que en el servicio solidario a la causa de los pobres, participando en sus justas luchas, en sus

sufrimientos y en su persecución se está rompiendo la primera gran barrera que ha dividido por tanto tiempo a las diversas Iglesias. Muchos cristianos redescubren el don de la unidad el encontrar al único Cristo en los pobres del Tercer Mundo (Mt. 25). La promoción de una liberación integral, el sufrimiento común y el compartir la esperanza y alegría de los pobres han puesto de relieve todo lo que los cristianos tenemos en común.

76. En esta opción por los pobres y en la práctica de la justicia hemos profundizado las raíces de la fe en un solo Señor, una sola Iglesia, un solo Dios y Padre. En el seguimiento de Jesús confesamos a Cristo como el Hijo de Dios y hermano de todos los hombres. En la lucha de una vida justa para los pobres confesamos al único Dios, Padre de Todos. En el compromiso eclesial confesamos a la Iglesia de Jesucristo como su cuerpo en la historia y como sacramento de liberación.

77. En esta fe y en esta práctica las distintas comunidades cristianas populares, católicas y protestantes, compartimos un mismo proyecto histórico y escatológico. Esa fe y esa práctica nos hacen avanzar en la unidad a nivel de la evangelización de la celebración litúrgica, de la doctrina y de la teología. Si es verdad que los pobres nos evangelizan, es también verdad que ellos abren el camino hacia nuestra unidad. Ellos aceleran el cumplimiento de la última voluntad de Jesús: que todos sean uno; que todos, católicos y protestantes, y más aún, todos los hombres y mujeres de todas las razas y culturas, lleguemos a formar el pueblo de los hijos de Dios.

**D. Iglesias y pueblos del Tercer Mundo**

78. En este congreso, de encuentros tan profundos, hemos constatado un notable desconocimiento recíproco y una falta de permanente comunión efectiva entre nuestros pueblos e Iglesias de Asia, Africa, América, Caribe y de las minorías étnicas de U.S.A.

79. No podemos dejar de reconocer en cada uno de los Pueblos e Iglesias del Tercer Mundo identidades y contribuciones propias en el proceso de la liberación: por los sufrimientos, luchas

y logros de sus Historias respectivas y por la riqueza específica de sus Culturas. Angulos diferentes del rostro de una Humanidad pobre, oprimida y abierta a la contemplación y a la esperanza.

80. De hoy en adelante nos comprometemos, para ser fieles a esta hora del Evangelio y de los pueblos pobres, a una mayor intercomunicación y a ayudarnos, con nueva eficiencia y en espíritu ecuménico, dentro del proceso liberador que viven las Iglesias en el Tercer Mundo.

81. Todos estos procesos tienen un marco global a nivel de construcción de la historia. El pueblo de los pobres en el Tercer Mundo se esfuerza penosamente por alcanzar la unidad en la lucha común contra toda forma de colonialismo, neocolonialismo e imperialismo. Las Iglesias deben estar comprometidas con este esfuerzo.

**E. Conversión y estructuras de la Iglesia**

82. La Iglesia no está invitada a renovarse, sino llamada a convertirse de sus pecados personales y estructurales, asimilados del espíritu de "este mundo" (véase: Romanos, 12,2).

83. Si la Iglesia no se convierte en sus estructuras, la Iglesia pierde credibilidad y fuerza de profecía. Una Iglesia no puede optar por el mundo de los pobres y oprimidos permaneciendo rica y dominadora. (Medellín, Pobreza; Puebla, 1140).

84. La novedad del Espíritu de Jesús resucitado exige una Iglesia siempre nueva al servicio del mundo nuevo del Reino. Para que la Iglesia sea capaz de liberarse a sí misma y ser sacramento de liberación, debemos imitar en nuestras estructuras eclesiales el nuevo modo de convivencia que Jesús inauguró (véase: Filipenses 2 y Mateo 18, 15-35; 20, 25-28; y 23, 1-12).

85. En las estructuras ministeriales, esta novedad obliga a la Iglesia a acoger como don del Espíritu los nuevos ministerios que las comunidades requieren y generan. En esta visión nueva la discriminación que la mujer sufre en las Iglesias no se justifica ni bíblicamente, ni teológicamente ni pastoralmente.

86. La libertad de los hijos de Dios que Jesús nos enseña con su palabra, con su vida y con su muerte, es evidente que se ha de ejercer también dentro de la misma Iglesia. Ello implica no aceptar pasivamente en la Iglesia la coerción, y ayudar al pueblo cristiano a no ver como rebeldía lo que solo pretende ser libre fidelidad evangélica.

**F. Luchas específicas y proceso global de liberación**

87. La Iglesia del Tercer Mundo ha de comprometerse con aquellas luchas de liberación que asumen los intereses específicos de etnia, raza y sexo dentro del marco global de la lucha de los pobres. Los pueblos indígenas, los pueblos negros y la condición de la mujer del pueblo han de merecer siempre de nuestra Iglesia una especial dedicación y una atención creciente de nuestra Teología.

88. La Iglesia debe contribuir, a partir de su fe y de la caridad evangélica, para que esas diferentes luchas sean verdaderas alianzas de fuerza del pueblo oprimido, sin hegemonías absorbentes que a su vez se hacen opresoras. Debemos cooperar para que esta gran alianza y este respeto mutuo se hagan efectivos desde ya en el proceso de lucha global.

89. Por misión propia, la Iglesia anunciará y estimulará en este proceso, aquellos valores evangélicos que defienden la vida y la libertad de la persona humana que abren espacios de comunión con el Padre y con los hermanos, y que han de contribuir originalmente a forjar el hombre nuevo en la nueva sociedad.

90. La Iglesia como Jesús, estará siempre gratuitamente presente entre los más débiles y marginados, y será siempre crítica y libre frente a los grandes poderosos de este mundo.

**G) Algunas Aclaraciones**

91. La participación de todo el pueblo de Dios en la vida interna de las Iglesias cristianas se hace cada vez mayor. La forma de esta participación en las estructuras actuales de las Iglesias no fue, en estos días, objeto de estudio detallado. Pero se constata

con alegría la manera cómo nuestros obispos y pastores toman, por iniciativa propia, medidas eficaces que hacen esta participación siempre más amplia y efectiva al interior de la comunidad eclesial y en su orientación pastoral.

92. Las Iglesias cristianas, como instituciones, no deben restringirse a una parcela de la sociedad, en detrimento de la universalidad del mensaje de Jesús. En el carpintero de Nazareth, Dios hizo su opción por los pobres y oprimidos. Ser pobre es vocación de toda la Iglesia. La comunidad eclesial, sin embargo, está abierta a todos —al joven rico y a Zaqueo— siempre que ellos, por exigencia evangélica, estén dispuestos a asumir las aspiraciones liberadoras de los oprimidos (Lc. 19, 1-10).

93. En nuestras sociedades del Tercer Mundo hay una grave división que niega la fraternidad evangélica, debido a la existencia de diferentes clases sociales. La conversión al Evangelio de Jesús, no obstante, no se limita a tomar conciencia de que es necesario estar al lado de los oprimidos. Esa es, sin duda, una exigencia del Señor, que despide a los ricos con las manos vacías y sacia de bienes a los hambrientos. La conversión cristiana implica, sobre todo, la apertura a la palabra de Jesús, acogida en la fe, vivida en la esperanza liberadora y que se concretiza en el amor que transforma al ser humano y a su mundo.

94. Debemos alabar al Señor por la participación de los cristianos en la construcción de sociedades justas y fraternas. La liberación y sus implicaciones socio-políticas, así como las categorías de análisis que la definen no se agotan en las teorías sociales. Antes de que las ciencias sociales hablasen de liberación, el pueblo de Dios la realizaba en el Egipto de los faraones. La liberación es el centro del mensaje bíblico. En el horizonte de la expectativa pascual, la liberación no se reduce a este o a aquel modelo político, sino que traspasa toda historia; y alcanza su plenitud en la manifestación del Reino asegurado por la práctica liberadora de Jesús y por la bondad misericordiosa del Padre.

95. Clausuramos nuestro congreso y terminamos este documento confortados por la promesa de Jesucristo a sus seguidores: "No tengan miedo, yo he vencido al mundo. Yo estaré con Ustedes hasta el fin de los tiempos" (Juan 16, 33 y Mateo 28,20).

«La fuerza de la vida que viene de Dios se está manifestando exactamente en aquellos lugares donde la vida es oprimida, esclavizada y crucificada en el calvario del mundo. En efecto, en todas las partes del mundo pobre y sobre todo aquí en América Latina, los pobres, cristianos y no cristianos, están despertando, queriendo sacudir el yugo de la esclavitud. Y los cristianos están percibiendo que, en nombre de su fe en Jesucristo, ya no pueden concordar con esta situación».

